

Los extraños amantes

LOS EXTRAÑOS AMANTES

PERSONAJES

ÉL
ELLA

(Música: es un charlestón endiablado. Se apagan las luces de la sala. Un foco ilumina la entrada por donde vienen, cogidos del brazo, bailando el charlestón ÉL y ELLA. ELLA viste traje charlestón todo en plata, incluidos los flecos, los zapatos y la peluca. ÉL viste de blanco con solapas de plata. Sombrero de lo mismo. Y bastón también blanco.)

ÉL. ¡Hooop...! *(Y alza los brazos y queda inmóvil.)*

ELLA. ¡Hooop!... *(Y alza los brazos y queda inmóvil.)*

(Unos compases y...)

ELLA Y ÉL. *(A coro.)* ¡Hooop!...

(Y bailan y cantan, evolucionando con la coreografía habitual y brillante de las comedias musicales: debe empezar muy lento, para hacerse enseguida endiablado. Y esto se hará siempre así cuando haya cambios de ritmo.)

Bugi-Bugi

El corazón
el corazón
del music-hall
no cesará
no cesará
jamás
de latir;
pues vivir
es eso nada más:

¡una representación
de music-hall!...

*(Cambia el ritmo y la coreografía: es ahora -pero con la misma melodía
base- un charlestón.)*

Charlestón

Porque qué
es vivir,
si no lo sabe usted,
yo se lo diré:
vivir
sólo es
levantarse el telón
y empezar
a ponerse el disfraz
de hombre o de mujer,
crecer
y hacer
hoy un papel,
mañana otro papel
depende de ante quién
de la edad,
del interés.

*(Durante este bailable-cantable y de la especie de banco-cofre que hay
en escena y que es el único decorado, ELLA y ÉL van sacando -sin
dejar de bailar-, ELLA: una especie de boa, luego un velo negro, y por
fin un batín chino con su dragón. Y ÉL una gabardina blanca, un gran
espejo con marco, un maletín de ejecutivo y una banda de raso rojo: ya
veremos luego para qué irán sirviendo: ahora no hace falta que estas
prendas se vean con detalle.)*

y del son

de la música
que el maestro
más querrá tocar.

(Cambia el ritmo y la coreografía: es ahora -pero también con la misma melodía base- una samba tropical.)

Samba

Por eso
el corazón
el corazón
del music-hall
del music-hall
no cesará
jamás
de latir,
porque los personajes
su risa y su ilusión,
su cantar y reír,
ustedes mismos son.

(ELLA sale lanzando besos al público.)

ÉL. *(Al público.)* Señoras y señores: de ese cofre *(Y señala el banco.)* de los sueños hemos sacado al azar... ¡esto! *(Y muestra lo que sacaron.)*, ayer sacamos otras cosas, y mañana serán otras sin duda. Porque en este espectáculo ocurre como en la vida: nunca sabemos qué va a ocurrirnos cuando nacemos. Nos dan... unos elementos, el resto, hay que adivinarlo e improvisarlo sobre la marcha. Por ejemplo: elijan ustedes ¿por dónde empezamos? ¿por esto?, ¿por esto?, *(Coge el gran retrato.)* ¿por esto?; bueno, pues... ¡Adelante, Maestro!

(Música de chotis.)

(Y mientras ÉL va mostrando a todos, en círculo, el gran espejo, entra ELLA, toda lutos y enormes velos. Trae en las manos una corona de

flores, con la que viene bailando abrazada; desde que entró está cantando y marcando un chotis con la corona, como si fuera su pareja. ÉL ya ha salido.)

Chotis

Perdóname
perdóname
perdóname Javier;
más
que por lo que te hice,
por lo que voy a hacer.
Javier,
Javier,
Javier.

(Y cae llorando de rodillas, deja la corona, y se alza el velo para limpiarse una lágrima con un pañuelo negro. Vemos que trae un bolso y un paquete; sigue la misma melodía del chotis pero ahora a ritmo de tango.)

Tango

Javier,
Javier:
tú sabes que te amo
y jamás te olvidaré,
pero no puedo más,
te lo juro,
Javier,
necesito querer,
compréndeme
compréndeme
compréndeme,
Javier.

(Música de strip-tease, pero siempre con la misma melodía. ELLA se

pone en pie y, bailando, empieza a quitarse velos y demás, sin dejar nunca de cantar, pero, esto es muy importante, debe quedar completamente vestida.)

Strip-tease

Javier,
yo soy -tú lo supiste bien-
una mujer,
toda una mujer
que necesita
que necesita
que necesita
ya sabes qué
ya sabes qué
ya sabes qué.
Así que «adiós», Javier.

(Antes de que acabe la canción ha entrado ÉL; viene vestido todo de negro: sombrero, traje, guantes, corbata y lleva delante un enorme cochecito de bebé de un blanco deslumbrante. Viene rezando letanías, o como absorto en el paisaje.)

ÉL. Dolorosas. *(La ve.)* ¿Puedo, si no es engorro? Yo soy el de ésta; ¿es usted la del éste?; ¿de cuánto está?

ELLA. *(Afirmando.)* ¡Aaah!... ¡chssts!.... ¡ ¿de cuánto estoy de qué?

ÉL. De viuda.

ELLA. Mañana cumpla quince días: así que estoy que trino.

(Y estornuda.)

ÉL. *(Sacando un termo.)* Huy, pues eso no es nada; *(Le, pone la gabardina sobre los hombros.)* antes, tápeseme la pechuga: no le vaya a ocurrir lo que a mi pobre Cleo que pede. Perdona. *(Grita.)* Cleo, ya estoy aquí. *(Ríe.)* ¿Quiere un poco: es caldo de gallina bien caliente, como me lo preparaba mi pobre Cleo que pede.

(Grita.) Cleo, ¿me oyes?... pues. (Y ríe.)

ELLA. Ah, ¿son ustedes Quepede de los Quepede? He oído hablar poquísimo de ustedes. (Dándole una tarjeta con bordes negros.) Pues aquí servidora Piluchina Sánchez, pobre viuda de Orejón Sánchez, éste. (Llora.) Gracias por el caldo y la gabardina, señor Quepede .

ÉL. No, si Quepede es sólo ella, por ahora; q.p.d. «Que en paz descanse». Quepede. (Que ha buscado.) No llevo tarjeta pero... Alvarito Sánchez de zapaterías Sánchez S.L.; y aquí mi difunta esposa.

ELLA. Pues horrorizada. (Y le tiende la mano para que se la bese.) Y aquí, mi abominable.

ÉL. El horror es mío. (Y le besa la mano.) Pero siéntese; ésta es su tumba.

ELLA. Gracias. (Y se sienta.) A nosotros ya sabe dónde nos tiene. Vaya, otra vez lloviendo

ÉL. Pues sí.

ELLA. (Saca un cigarrillo.) Oiga, ¿por qué se reía antes?

ÉL. (Natural, sencillo, sacando un paraguas del cochecito.) Es a lo que vengo aquí; me siento, miro los mármoles, y grito: «Cleo, ¿me oyes?»; pues... (Ríe.) Tenga. (Y le da el paraguas.) Ya sabe: uno de esos pactos: el que sobreviva al matrimonio, viene y se ríe: así el de abajo sabrá que el de arriba no se ha vuelto a casar, puesto que sigue riendo. Así que perdona, pero... (Y ríe.)

ELLA. Pero es que se ríe de un modo que me hiela la sangre.

ÉL. Fue lo convenido: la risa de la hiena: para no confundirse con la ingentes multitudes que vienen aquí a troncharse.

ELLA. (Al cochecito.) ¡Chichi!... Si supiera usted qué sola me ha dejado el éste.

ÉL. Y a mí la ésta, no crea. (*Ríe.*)

ELLA. Sí, sí; pero usted, al menos, la suya le ha dejado un niño -chichi-; siempre entretiene con sus biberones y sus cordadas. (*Al coche.*) ¡Chirrichichi! Ay, ayúdeme a subirle la capotita.

ÉL. Si no es un niño, mujer: es un camping. (*Y saca una bombona y una tienda de campaña, etc. Mientras...*) Y lo del suyo, ¿fue largo? Me refiero al matrimonio.

ELLA. Visto y no visto; vamos, lo justo para saber de qué iba; cogerle gusto al «que», que todo hay que decirlo. Vamos: que a eso he venido: a decirle que, en fin, que le quise, que no le olvido, pero que a ver.

ÉL. Vamos: que usted se quita los lutos y al primero que pesque: «Niño, al barullo, al barullo, que lo mío es tuyo».

ELLA. Pues «al barullo que lo mío es tuyo» todo lo que pueda; ahora, los lutos no me los quito; porque es que cuando me los puse -él estaba ya de camino, el mi pobrecito, pero todavía tibio como quien dice- y me planté con ellos ante el espejo, me dije a todo correr: «Ay, Peluchina, hija: pero cómo te adelgaza el luto, qué ilusión; y es que soy de las que engordan con nada y el negro me afina. ¿A usted no?»

ÉL. Al contrario, ya ve: a mí el negro, pues me hincha. (*Está muy delgado.*) Lo que es la diferencia de sexos; sí, sí; yo me quito lo esto y de frente aún se me intuye, pero al bies, traslúcido perdido; ya lo verá usted si entra en nuestra asociación.

ELLA. Ay, aquí (*Muy contenta.*) tienen. (*Se pone en pie.*) Nunca es tarde si el horror es espantoso.

ÉL. Y nada menos que la C.S.A.F. Nos reunimos en aquel panteón vacío a L.S. G; es decir, a cumplir nuestros fines programáticos.

ELLA. ¡No me diga más! C.S.A.F. significa: Corazones solitarios. Al fin; y y sus fines programáticos -L.S.G.- ligar sin compromiso;

¿dónde hay que inscribirse a todo correr, oiga?

ÉL. Depende: si quiere llegar a ser afiliada con cuota o quedarse de postulanta.

ELLA. (*Pintándonse ya.*) De todo un mucho, a ser posible; el caso es salir ya con mi de qué y mi todo.

ÉL. Pues no sé qué decirle, porque todos están ya emparejados menos uno: yo. Bueno, hay una que me ronda.

ELLA. Pues si le gusta y es el único, adiós: que servidora no está para perder el tiempo.

ÉL. Bueno, ella tiene su aquél y su todo; pero ¡es de pobre la pobre!...; y a mí me gustan ricas. ¿No se iba?

ELLA. (*Llorando a mares.*) ¿Adónde? A meterme sola en la Ferrari esa que tengo aparcada ante la verja, a envolverme sola en mis chinchillas...

ÉL. (*En súbita tensión.*) ¡Calle!

ELLA. ...y conducir sola, hasta llegar, sola, a mi chalet: tres plantas, piscina, campo de golf, tenis sin hipoteca...

ÉL. (*Misterioso.*) ¡Silencio!...

ELLA. ...y tumbarme en mi enorme lecho de ébano sola, sin un mal de que me horrorice. (*Viéndole, asustada.*) Pero, ¿qué le pasa?

ÉL. ¡Psst!... ¿la oye usted?

ELLA. (*Aterrada.*) ¿A quién?

ÉL. ¡A la campana!...

ELLA. ¿Qué campana?

ÉL. La del cementerio.

ELLA. ¿Por dónde viene?

ÉL. No, pero hay que estar atento, no vayan a dejarme dentro otra vez;

a no ser que tenga usted reloj.

ELLA. (*Ofendida.*) Naturalmente, ¿por quién me toma? (*Muestra.*)
Eso pequeñito que hay en medio de esos diamantes tan gordísimos.

ÉL. Pues no se ve la hora.

ELLA. (*Ríe.*) Ay, pues es verdad; nunca me había dado cuenta; como para esto estaba mi pobre Javier. Pero que me acuerdo; tengo uno de pared en la Ferrari, ¿lo traigo?

ÉL. (*Con orgullo herido.*) Oiga, ya está bien de la Ferrari; le advierto que yo tengo también una Eme, pero mis buenas ruedas. ¿Quiere ver? (*Y saca del cochecito un traje de submarinista.*)

ELLA. (*Con los ojos cerrados, loca de entusiasmo.*) ¿Y empieza con una eme? (*Como adivinando.*) ¡Una Maserrati!... ¡Me chiflan las Maserratis!...

ÉL. (*Hundido.*) No, no; es una Eme de Mobilette; vamos, una mierda; pero cuidado con su sidecar dos plazas tracción delantera con sus frenos hidráulicos y su todo. (*Y saca un cuadro.*) ¿La molestan?

ELLA. Todo lo contrario. No puede usted saber lo que me chiflan las tracciones delanteras con sus buenos frenos hidráulicos y sus todos.

ÉL. (*Por el cuadro. Es una fotografía de Cleo.*) Y si hubiera visto cómo la conducía mi Cleo; ¡rrrr!...Sobre todo cuando había tomado sus cuatro copas de antes del desayuno. ¡Rrrr!... ¡Qué loca! Mamá y yo desde nuestro sidecar biplaza con nuestros tapabocas la mirábamos con un embeleso. (*Ríe.*)

ELLA. No me llore. (*ÉL ríe.*) Ya pasó. (*ÉL ríe.*) Hay que olvidar.

ÉL. Sí, pero de olvidar a perdonar. (*Por el cuadro.*) ¿A usted le asustan las ratas?

ELLA. Me entusiasman.

ÉL. Entonces puede mirar esta foto del cuerpo presente de mi pobre

- Cleo.
- ELLA. Imposible.
- ÉL. No me la desprecie.
- ELLA. Sí, me encantaría, pero es que como yo no he traído ninguna fotografía del cuerpo presente de mi Javier pues no podría corresponder. *(ELLA se acerca al cochecito.)*
- ÉL. Mi Cleo, Cleo.
- ELLA. *(Sacando un caballito de madera.)* La de cosas que lleva usted en su bolso: y luego dicen de nosotras las mujeres. *(Y saca un traje de torero.)*
- ÉL. *(Por la foto.)* Cu-chu-cu-chu. *(Ya le saca la lengua.)*
- ELLA. Pero ¿qué es esto?
- ÉL. *(Horrorizado.)* ¡No! ¡Cleo!... ¡Suéltame la lengua! ¡Aaah!
- ELLA. ¡Un traje de luces! *(Entusiasmada.)* No me diga que ella le obligaba a vestirse de torero!...
- ÉL. Pero no por mí: es que ella siempre soñó con lo del Cordobés; y a falta de pan, salvao; pero ¿cómo lo ha adivinado?
- ELLA. ¡Porque lo mismo hacía yo con mi Javier; por eso le regalé uno de estos, pero en azulina. Precisamente le hice enterrar con él. *(Llorando.)* Estaba para comérselo.
- ÉL. Pues ya se le habrán comido. *(Ríe.)* ¿No le extraña que mi Cleo y usted tuvieran la misma idea? *(Consulta una agenda.)*
- ELLA. Al contrario, me parece lo más lógico, porque así una puede engañar al marido de una -que nos chifla, oiga- pero sin faltar a la moral.
- ÉL. Pues entonces no se hable más: me lo pongo ahora mismo detrás de ese ciprés.
- ELLA. *(Trágica.)* ¡No! ¡Eso... noooo!... Porque no va usted a creerme,

pero al venir hacia aquí en la Ferrari, cruzó ante mi mente, como un relámpago...

ÉL. ¿Y no le da vergüenza?

ELLA. ...Un mal pensamiento.

ÉL. Ese es otra cosa.

ELLA. No es lo que sospecha: es más grande.

ÉL. Me lo imaginaba. Pensó: mira que si al llegar al cementerio me encuentro con un tío de lutos, majo él...

ELLA. Sí, sí: eso mismo: «majote él, viudete él, con un cochecito de bebé él, y un traje de torero color malva él; y va y se pone él....»

ÉL. Suelta, loba: a otro cristo con esa lámpara. (*Y se suelta y sale.*)

ELLA. Es que aún no ha llegado la sustancia: «...y se lo pone él, detrás de un ciprés, él; y luego sale él; y se enamora de mí, él; y por mi amor se hace torero él; y un día a las cinco de la tarde, él...; ¡lo estoy viendo!

(*ÉL ha salido ya; música: es un pasodoble rabiosamente torero; ELLA muy en Lola Flores -para entendernos- canta, baila y manotea.*)

Pasodoble

¡No, no, no!...:
mi Alvarito Romero
¡No!...
Mi viudo lucero
¡Nooo!...
No te me vistas de torero
no
no te me tires al ruedo
no;
que tengo, tengo, tengo
un presagio negro

negro

negro

Ya de negro estaba mi lucero
y yo, de alma y de cuerpo,
cuando nuestro
primer encuentro
en aquel negro
cementerio.

Y negro, negro, negro
era el ciprés, negro
el suelo. Negros mis velos
negros, negros, negros
negros,
los cuervos:
pero aún más negro
eran, lo juro, ay cielos,
mis pensamientos.

ELLA. (*Hablando sobre música mientras se pone mantilla, peineta y clavel reventón, amen de abanico.*) Pero si ya entonces te lo dije: «No te vistas de luces, no te enamores de mí, ¡no! Alvarito Romero, mi amor no vale tu vida. No me vuelvas a los ruedos»: Pero ahí estás ya tras los burladeros. (*Clarín. Y tachín, tachín: la melodía se convierte en cuplé. ELLA es ahora toda Sara.*)

Espera un poco
-mi loco, loco
loco, loco, loco...-
no me saltes aún al ruedo:
Ay, que en los chiqueros
estoy oyendo
cómo, cómo, cómo
la muerte afila sus aceros.
Ay, no me saltes al ruedo,

ay, mi Alvarito Romero.

(Se oyen voces gritando: «¡Ole!..., ¡Oleee! ¡Olee!...»)

Ay, no quiero verlo,
por piedad te lo ruego,
vuélvete al burladero.
Tu corazón te devuelvo
que yo prefiero, prefiero
vivo verte al brazo de otra
antes que del mío, pero...
¡muerto!

ELLA. *(Hablando sobre música.)* Sí, de otra. De cualquiera, menos...,
eso no, eso jamás... ¡menos de la Cleo!...

(Se oye de nuevo voces gritando: «¡Oleee!... Oleee!... ¡Oleee!...» Y de pronto, gritos terribles como una cogida.)

Ay, ay, ay,
ay, mi Alvarito Romero
ay, ay, ay
no quiero, no quiero
verle:
clávame a mí, toro fiero,
los cuchillos de tus cuernos
mas deja vivo a mi loco
loco, loco,
pues si él muere, yo a un convento...

(Se oye una ráfaga como de cantos monjiles. ELLA se pone un largo velo blanco.)

ELLA. Te lo dije y yo soy de las que cumplen la palabra dada a un
muerto. No como muchos. Así, aquí estoy como todos los días, a
traerte tu lirio que con estas manos crié en el jardín de mi
convento.

Porque yo te lo juro
 cuando te iban a enterrar,
 y yo habré podido ser
 de todo cual la que más,
 pero perjura jamás;
 y así mírame:
 velos tomé
 y en un convento
 convento
 me pudro, los brazos en cruz,
 abrazadita a la luz
 de tu recuerdo

(La música -siempre con la misma melodía base- cambia a muy pasodoble, a muy canción, muy Lola Flores.)

Mas eso sí
 mas eso sí,
 ay de ti,
 ay de ti,
 si yo me llevo a enterar
 que ahí abajo -ay, ay, ay-,
 de sólo pensarlo muero,
 con la Cleo, Cleo, Cleo...
 me estás poniendo los cuernos.

(Cesa la música bruscamente. ELLA queda con el pelo sobre la cara, o de rodillas, llorando a mares, la frente contra el suelo: entra ÉL con el traje de torero puesto; viene horrible, arrastrando la capa, con las zapatillas en la mano y todo sucio de barro, parece un desollinador, la caranegra.)

ÉL. Pues hija, que me he caído en la tumba ésa que hay ahí abierta para uno que debe estar al caer.

ELLA. *(Que aún no lo ha visto; en patética, visionaria.)* ¡Su voz! ¡Mi Alvarito Romero! ¡Aaah!... Todo fue un sueño. ¡Está vivo! ¡Vivooo!

(*Se vuelve, le ve.*) ¡Ay, qué asco y qué horror!

ÉL. (*En torero, citando.*) Tan fiero estoy, pues mira: ¡Eeeeh!...

ELLA. Si es que una todo lo idealiza y lo dramatiza y cuando vuelve una a la realidad; ay, y encima...

ÉL. (*Lo mismo.*) ¡Eeeeh!... ¡Manuelaaa!...; va por ti, «corson»...

ELLA. ...y encima, ¡una carrera en la media!

ÉL. (*Citando.*) ¡Eeeh!... ¡Toro!... (*Y hace una verónica con el capote.*)
¡Pasaaa...! (*Hace una chicuelina.*) Su: ¡ahí queda esooo!

ELLA. ¡Qué quede! Pero aquí servidora se va echando leches; ay,
(*Hacia fuera.*) pero ¿qué veo? (*Muy ilusionada.*)

ÉL. Pues aún no he empezado. Mira. (*Y hace un volapié.*)

ELLA. (*Recogiendo sus cosas.*) Pero si me refiero al viudo ése que cruza ante ese panteón con su libro bajo el brazo y su todo; y con su carterita al hombro y su todo; tan moderno y tan todo ¡Espera pocholón...! (*Y sale corriendo.*)

ÉL. ¡Eeeh! Que es el capellán del cementerio. ¡Eh!, vuelva conmigo que ése le dice que no. (*Se sienta hundido.*) Jolín, jolín; en fin, (*Coge la pala.*) a ver si entierro un algo de algo. Primero me limpio. (*Saca jofaina, etc.*) y tú deja de reírte. ¿Eh?

ELLA. (*Entrando.*) Pues vaya corte, oiga...

ÉL. (*Rabioso.*) Pues si espera que yo la vende, se va usted a desangrar.

ELLA. Pero si es que me ha resultado un cura vestido de los de ahora, pero con los escrúpulos de los de antes. (*ÉL se lava en una jofaina con agua, jabón y una toalla.*) No me lo tome usted a mal. (*Viéndolo.*) ¡Ay, qué geranio tan mono!

ÉL. ¿Quiere usted largarse? y ¡quíteme sus manazas de mi geranio! Que lo he traído para plantárselo a ella, no a usted; y lárguese.

ELLA. ¿Estoy en mi tumba, no?

ÉL. Pues haga usted sus cosas y yo haré las mías: que tengo hambre. (*Y saca un plato, un cuchillo y unas patatas.*)

ELLA. Podemos hacerlas al mismo tiempo... usted me echa una manita y yo le correspondo con fervor: por ejemplo, yo puedo pelarle esas patatitas.

ÉL. Es mi cena, no la suya: así que no se ilusione tontamente. (*Y pela las patatas.*)

ELLA. Pero poner la mesa...

ÉL. Está bien, pero a ver si me rompe un vaso: que las mujeres son todas unas manazas. (*A ELLA se le cae un plato.*) ¡Lo veee!...

ELLA. Oiga: (*Mirando mucho a ver si ve algo como lejos, como si lo buscara entre el público.*) ¿Seguro que es usted el único viudo desaparejado de todo este inmenso cementerio?

ÉL. (*Repipio.*) Me han dicho que hay uno al caer.

ELLA. (*Ansiosa.*) ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Con quién?

ÉL. Tardará.

ELLA. ¿Como cuánto?

ÉL. Su mujer se agarra todavía a la vida como una garrapata. Una catalana.

ELLA. Ay. (*Se sienta.*) Soy de las que saben esperar. (*Y saca punto y lo hace.*) Siempre que merezca la pena, claro. ¿Sabe usted si él es mono y chulapón así como usted? (*ÉL la mira y se infla mucho, aguantando la respiración.*)

ELLA. Pero ¿qué hace? (*ÉL hace gestos de que espere.*) ¿Se quiere suicidar? (*ÉL niega.*) Pero, ¿qué hace?

ÉL. (*Sin voz.*) Me pongo macho. (*Se desinfla todo.*) Como decía que si servidor mono y chulapón, pues...; ahora que si nada, nada.

ELLA. Tanto como nada: ahora que comparado con mi Javier...

ÉL. Algo tendríamos en común.

ELLA. De ninguna manera. Antípodas perdidas.

ÉL. Mejor no me lo desprecie: que no hay más. Ilusióneme, porque al menos un aquel tendríamos en común.

ELLA. Pues ya que insiste tanto..., veamos: ¿puedo preguntar detalles?

ÉL. Depende de qué clase de detalles.

ELLA. Pues muy, muy íntimos...

ÉL. En ese caso pruebe y compare, es más cómodo. Y si no le gusta, con devolverlo ya está. Mire qué mano.

ELLA. Ya: pero es usted...

ÉL. (*Muy pavo.*) El desfondante me llaman.

ELLA. Ya, pero es usted...

ÉL. ¿Morboso? Yo le cojo a usted una mujer y se la desfleco (*Gesto con el cuchillo.*) en menos de lo que canta un pez.

ELLA. Todo eso callado está dicho: yo pregunto algo más sustancial, más, digamos, íntimo: pero me da un aquel.

ÉL. No me sea corta. ¿La apunto? Que estamos solos, solácese.

ELLA. (*Muy bajo.*) ¿Es usted... (*Con mucho misterio.*) perito agrónomo?

ÉL. (*Disparándose.*) ¡Horroroso!... Vamos: de aquí a Lima, y me quedo corto; (*Desinflándose.*) porque no habrá dicho usted perito agrónomo, claro: como mi pobre Cleo. Pues no, (*Definitivo.*) y lo siento. (*El sombrero en la mano.*) Alguno habrá. No me llore.

ELLA. Pero como mi Javier: (*Niega.*) sería un milagro. Le conocí en la Gran Vía, ¿sabe? Fue un flechazo horroroso. Nos casamos atropelladamente en lo de los Jerónimos. Él se iba todas las mañanas al banco de papá y yo...

ÉL. No me diga más: de iglesia en iglesia.

ELLA. Yo...; yo, no; él, horrores; en cambio yo.

ÉL. No me diga más: de lupanar en lupanar.

ELLA. Ya no.

ÉL. Pues no se lo reprocho, hija: los vicios, de jóvenes, o después no hay quien pueda con ellos.

ELLA. Por eso yo, en cambio, me quedaba todo el día en nuestro nidito de amor, acostada en nuestra gran cama, esperándole con mis devocionarios y mis cosas de esperarle...

ÉL. (*Sorprendido.*) Como mi pobre Cleo.

ELLA. Hasta que al caer la noche, cuando yo presentía que él iba ya a volver despacito, despacito a nuestro nidito de amor, me quitaba las mantillas, los bigudíes y las cremas...

ÉL. Como mi pobre Cleo.

ELLA. Y salía a esperarle toda temblorosa, palpitante y desnuda en el rellano de la escalera.

ÉL. Como mi padre Cleo.

ELLA. Con su enorme pijama en mi mano derecha y mi pichichichirri en la izquierda.

ÉL. Como mi pobre Cleo. (*Se para.*) ¿Qué es una pichichichirri, oiga?

ELLA. Esto. (*Y saca el contenido del paquete: es un camisoncito ridículo.*)

ÉL. (*Desilusionado.*) Ah, sí: como el de servidor.

ELLA. Lo llevo siempre conmigo por un si acaso.

ÉL. Como mi pobre mamá.

ELLA. Como cuando una sale de casa, una nunca sabe lo que puede

estallar, pues yo, por un si acaso, meto siempre en mi bolso (*Y va sacando cosas.*) mi cepillo de dientes, mi detente y mi acordeón.

ÉL. Y su pichichichirra.

ELLA. Pero bien envuelto en abecé, porque parezca un algo edificante. ¿Qué le parece?: dígame un algo.

ÉL. Pues que la pobre es un puro desfleco.

ELLA. ¿Verdad que es un desgarrón alucinante? Pues me lo hizo y todo.

ÉL. No empiece a presumir de marido, como todas.

ELLA. Ay, se lo juro, oiga: él era terrible para lo de lo suyo.

ÉL. Me está pareciendo que usted sabe latín, oiga.

ELLA. (*Asustada.*) ¡No! ¡Eso no! Se lo juro en falso.

ÉL. (*Definitivo.*) Entonces, devuélvame el delantal y la gabardina. (*Y se lo quita.*)

ELLA. Pues a Javier no le importaba.

ÉL. A mí no me hable usted de su turbio pasado: o latín o a escupir a la calle.

ELLA. Pues es el primero que me pide latín para ejercerme, se lo juro.

ÉL. Porque en este país, hay mucha mandanga; pero para seducir al desfondante no basta una pichichichirra; yo exijo más, por supuesto: a mí las señoras, por principio, tontas y pechugonas, o me canso enseguida; pero qué menos se puede pedir que saber latín, hija; ya menos, la gleba.

ELLA. Pues en ese caso... (*Llorando.*) sí, madre: servidora sabe latín: lo confieso humillada y contrita.

ÉL. Pues entonces empecemos. En (*Ella se pone en pie.*) espera: el latín primero, el latín primero o nada: que luego vienen los

disgustos.

ELLA. ¿Aquí? Mejor en privado. Cogemos la Ferrari, vamos a mi chalet, y...

ÉL. No, no, antes: no quiero luego sorpresas; así que demuéstremelo rápido, o lárguese me súbito.

ELLA. Pues... (*Con mucho retintín.*) «Tityre tu patule...»

ÉL. Oh, delicia: era verdad.

ELLA. «... recubans sub tegmine fagi...»

ÉL. (*Evocador.*) ...«Silvestrem tenui musam».

EL y ELLA. (*A coro.*) «meditaris avenam; nos patriam fugimus. Tu Tityre, lentus in umbran. Formosam resonare docis, amarillida silvas...»

ÉL. (*Cogiéndole las manos, enternecido.*) No me diga más: somos dos almas gemelas; porque usted ha estudiado también para monja.

ELLA. (*Mintiendo.*) Perdida. (*Luego dirá la verdad.*)

ÉL. Como mi pobre Cleo.

ELLA. ¿También ella le estudió para monja?

ÉL. Y de copete; aunque no me llegó a tomar velos la mi pobre; me la echaron porque los días impares engordaba que era un escándalo abominable y los pares amanecía más chupada que un pitisú; las cosas...

ELLA. Pero ¿cómo ha notado que yo fui también casi monja en mis buenos tiempos? ¿Se me nota al andar?

ÉL. Horrible, pero peor: en el olor; sí, hija mía: huele usted a batisterio desde kilómetros; según entró y la vi quitándose los velos, me dije a todo correr: otra que quiere escaparse del convento, la pobre. Pero hija mía, si no hay quien se escape.

ELLA. ¡Qué le va usted a decir a servidora, madre! Todo el país es

un puro claustro. Nos parece que vamos y venimos, pero con nuestra patita bien atada, como las gallinas ponedoras, madre.

ÉL. ¡Qué me va usted a decir a mí, hija!

ELLA. ¿Usted también ha sido monja, madre?

ÉL. Y de clausura, pero todo lo contrario porque (*Misterioso, viéndose que también miente.*) también me he educado en muy buenos seminarios.

ELLA. ¡Como mi pobre Javier! Aunque él jamás me lo quiso confesar. Pero no había más que mirarle: le salía el seminarista por todas partes, era algo espantoso.

ÉL. Pero... sublime en parte.

ELLA. Pues... sí, aunque, todo hay que decirlo, (*Misteriosa.*) era algo espeluznante para lo de lo suyo, ya ve usted.

ÉL. Pues no es por despreciárselo, pero estoy seguro que, comparado con lo de conmigo, puro pitorreo.

ELLA. ¿No exagerará usted, por ilusionarme?

ÉL. Oiga: al lado del esplendoroso desfondante, Don Juan Tenorio, una ursulina con dengues.

ELLA. (*Entusiasmada.*) Entonces, basta: no me horrorice más con palabras, espánteme con hechos concretísimos, como mi Javier, cada noche en nuestra alcoba. Si usted le hubiera visto avanzar hacia mi todo velludo y gigantesco.

ÉL. ¿Un algo como un así? (*Y avanza.*)

ELLA. No, con la pierna así.

ÉL. ¡Al paso de la oca!, como mi pobre Cleo. (*Y avanza.*)

ELLA. Sí, así, pero él con aquellas manazas velludas gigantescas.

ÉL. ¡Eso está tirado!... (*Y lo hace.*)

ELLA. Pero él con aquella boca velluda, gigantesca; aquellas narices

velludas, gigantescas, avanzando.

ÉL. (*Atónito.*) ¡Socorro!...

ELLA. (*Histérica.*) Con aquellos dientes velludos, gigantescos...

ÉL. (*Temblando.*) ¡Auxilio!

ELLA. Con aquellos ojazos velludos, gigantescos; y al abrazarme así...

ÉL. (*Sin voz.*) ¡Ay! Suélteme! (*Y lleva las manos a la garganta.*)

ELLA. Yo sentía un no sé qué.

ÉL. (*Sin voz.*) No me ahogues, corazón.

ELLA. Ya, y me subía un no sé qué esófago arriba...

ÉL. Y a mí...

ELLA. Y era todo un temblor y gritaba...

ÉL. (*Que está temblando.*) «¡Basta!... ¡Basta!...»

ELLA. Eso mismo. (*De pronto.*) Oiga: ¿cómo sabe tanto de nuestras intimidades? (*Acusadora.*) ¡Usted nos ha visto!... ¡Confíeselo!

ÉL. ¡Ojalá! ¡Peor!...

ELLA. Ya sé: es usted uno de los amigotes con los que se iba de juerga con otras. (*Coge el paraguas amenazadora.*) Y él os lo contaba todo; y vosotros os reíais.

ÉL. Ojalá. ¡Peor! ¡Muchísimo peor!

ELLA. Pues explíquese cómo es que mientras yo le contaba todo lo mío con él éste, usted lo sentía también.

ÉL. Pues que mi Cleo y su Javier, hermanos univitelinos, oiga.

ELLA. ¿Es que también ella...?

ÉL. Lo tenía todo velludo y gigantesco; en plan mujer, claro; pero como dos gotas de agua: tanto que al describirme usted lo del suyo

y aparecérsese a mí lo de la mía toda desnuda y velluda y gigantesca avanzando hacia mi lecho como cada noche, ha sido como volver a vivirlo, como que, ¡ah! (*Tiembla.*) tanto que mire. (*Y le muestra el dorso de la mano.*) Se me ha puesto culo de pollo.

ELLA. ¿Y usted se casó con una monstrua así?

ÉL. Pues de todo hubo en la viña del señor.

ELLA. Pero, ¿a usted es que las mujeres le gustan velludas y gigantescas? Y no lo digo por morbosa curiosidad, sino porque servidora...no; y vamos, servidora no está para perder el tiempo.

ÉL. Todo lo contrario; a mí las mujeres me gustan (*En secreto.*) dúctiles, gráciles, nítidas, mórbidas y pechugonas, como usted.

ELLA. (*Acusadora.*) Entonces ¿por qué se casó con ella?

El. Si a usted se lo hubieran suplicado (*Se lleva las manos al cuello y aprieta.*) con aquel ardiente frenesí, (*Y se estremece.*) y, además, que todo hay que decirlo...

ELLA. (*Maliciosa.*) Ay, ya claro, ella tenía (*Y hace gesto de dinero con los dedos.*) lo suyo.

ÉL. Sí, todo velludo y gigatesco; pero vaya, que sí tenía de lo de lo suyo, de sobra.

ELLA. No, si únicamente así se comprende: si ella... tenía de aquí.

ÉL. ¡Horrores! De ahí, y de todo. ¡Horrores!...

ELLA. O sea, que se casó con ella por su dinero.

ÉL. ¡Horrores! (*En seco.*) ¿Qué? ¿Dinero esa tía? Hipotecado hasta el fandango: dinero, yo; una zapatería. Un ir tirando. Mal. Pero ir. Y mis cuatro tejas.

ELLA. (*Avanza.*) ¡Ay! (*Y casi se cae.*) Me he destaconado toda.

El. No se preocupe: yo entacono en un amén. (*Y saca del cochecito de bebé un pie de zapatero y un martillo y durante la escena que sigue,*

finge arreglar el tacón del zapato.)

ELLA. (*Cojeando.*) Como equipado va.

ÉL. Pues no me ha visto los armarios, (*Y martillea ya.*) luego me los verá en la Mobilette.

ELLA. Pero en resumidas cuentas: usted, ¿por qué se casó con ella?

ÉL. Pues por lo del desliz. (*Y martillea.*) Fue algo tan alucinante como largo.

ELLA. Acabáramos: ahora lo comprendo todo. Ella le obligó a cumplir

ÉL. Y mamá encima. Alcánceme la caja de clavos.

ELLA. (*Haciéndolo, cojeando siempre.*) E hicieron muy bien en obligarle. Cuando una mujer tiene un desliz, el deslizante debe apenar con lo suyo.

ÉL. Si la deslizante fue ella, aplastante diría yo más bien. El desliz mío. Bueno: si a aquello se lo podía llamar un desliz, que todo hay que decirlo; porque fue algo tan bochornoso. (*Y golpea con su martillo.*)

ELLA. Ya: una de esas tardes tontas. ¡Qué le va a decir usted a servidora! (*Y se abanica mucho.*)

ÉL. ¡Ojalá! Peor (*Secreto.*) Fue una noche.

ELLA. De calor sofocante; no me diga más.

ÉL. (*Evocador.*) Nevaba.

ELLA. ¡Ay, qué ilusión!

ÉL. ¡Qué cierzo, qué horrisonia!

ELLA. No siga, que me ciego y me pierdo.

ÉL. Hacían: ta-ca-ta, ta-ca-ta...

ELLA. Los cristales de las ventanillas del coche: cuántos recuerdos.

ÉL. Oiga: ya está otra vez pasándome la Ferrari, por la narices, oiga.

ELLA. Ay ¿no la deslizó en un coche? (*Enigmática.*) Pero... ¡qué raro es usted, oiga!

ÉL. Es que fue una fatídica noche de fin de año.

ELLA. No siga que me espatarro: el champagne, los confetis, las copas de más, la vorágine de ... «con-ga- de -Ja-lis-co...»; la pobre...

ÉL. Conga. ¡Si fue durante la misa del gallo!

ELLA. No siga que me da el telele: original. Así que la pobre, (*Se abanica.*) ¿qué mujer se resiste en ese plan?: el ta-ca-ta de las carracas...

ÉL. De las tejas.

ELLA. ¡Encima!

ÉL. Sí, sí; yo estaba tranquilamente en mi buhardilla.

ELLA. Encima: la pobre...

ÉL. Ay, me lo pone usted cada vez más irreversible; una seducción en plan bohemio. ¿Qué pobre mujer indefensa y ansiosa se resiste a una vela en su botella lacrima-cristi con su enorme cuello, el olor a aguarrás, lienzos abstractos y sensuales, los gin-fiz, los Camel; y, dominándolo todo, la muda pero inquietante mirada de los cojines del diván con sus sábanas al acecho, revueltas, esperando...

ÉL. Allí el único que estaba revuelto, esperando, era servidor: a mamá, que había salido a su mida de gallo; yo me había quedado en casa recogéndolo todo, (*Hace que barre.*) y cuando estaba (*Y lo mima.*) ya terminando de lavar la vajilla en la cocina. (*Canta.*) La-la-la... (*Tenso.*) ¡Ah!

ELLA. (*Asustada.*) ¿Qué?

ÉL. (*Dramático.*) La oí abrirse, despacio, muy despacio...

ELLA. ¿A su mamá?...

ÉL. Ojalá. Peor: a la puerta de la calle. Yo, inocente, solté el estropajo y corrí como un niño por el pasillo gritanto. (*Y lo hace muy infantil*) «Mamá: cu-chu-cu-chu. ¡Qué pronto has venido este año!».

ELLA. Pero no era mamá.

ÉL. Ni la abuelita.

ELLA. Era... el lobo feroz.

ÉL. Sí: era la Cleo.

(*Se oyen campanas y una canción navideña, como muy lejos.*)

ELLA. ¿Y qué le dijo usted?

ÉL. Ni mu.

ELLA. ¿Y ella a usted?

ÉL. «¡Ja!, ¡Ja!...; ¡Ja!... mientras hacía así y la toquilla caía lentamente a sus pies, apareciendo ante mí toda velluda, gigantesca, desnuda, horrisona y aplastante. Yo grité:

ELLA. ¿Cómo un así?

ÉL. «¡Nooo!...»

ELLA. (*Asustada.*) Ay.

ÉL. Pero ella, «ja», -me alzó con violencia-, «ja», -cerró así la puerta de la calle-, «ja».

ELLA. «Ja...»

ÉL. ...comenzó..., «jaaa...», -abrió la puerta de la alcoba-, «ja...» -el espanto...,

ELLA. «Ja...»

El. Sí; pero sobre todo ¡qué risotadas cuando se dio cuenta palpablemente de que yo era encima virgen!

ELLA. Ja.

ÉL. Durante horas y horas interminables que duró el horror yo oía campanas y cantar: «¡Noche de Dios! ¡Noche de paz!».

ELLA. Ja.

El. Al fin me soltó. Pero a los tres meses pues, claro: se tuvo que casar conmigo.

ELLA. La pobre.

ÉL. Así que ahora comprenderá por qué vengo aquí a «¡Ja!...»

ELLA. Pero usted la quiso, sin embargo.

ÉL. Poco mal y tarde. Y es que hay cosas que no se olvidan. Y eso que ella era buena y sufrida a triscapellejo como un pan bendito; y lo mismo le conducía a usted el motocarro, que le cosía a usted a máquina unas katuscas, que le abría a usted con los dientes lo mismo una coca-cola o un gallinero, que una lata de sardinas o que éste su seguro servidor; y unos pinceles...

ELLA. Y viene usted aquí a verla; y encima le trae un geranio para plantárselo.

ÉL. ¡Qué va!, vengo (*Muy secreto.*) vengo a ver si sigue; que han pasado años y no me lo creo. O sea, que vengo en plan vigilancia; (*Misterioso.*) y no crea: que, a veces, siento como que la tierra se remueve; y entonces yo... (*Patalea.*) hago así; y digo: ¡No! (*Grita.*) ¡Ah! (*Gira la cabeza.*) no quiero verlo.

ELLA. ¿Qué pasa?

ÉL. (*Sin voz.*) ¿No la ha oído?

ELLA. ¿A la campana? (*Y mira fuera.*)

ÉL. No: a la lápida. (*Se oye ruido.*)

ELLA. ¿Qué lápida?

ÉL. La que está bajo nuestros pies. (*Y se alzan ellos.*)

ELLA. (*Asustada.*) ¡Ah! ¿Cuál de las dos lápidas? (*Se abrazan.*)

ÉL. ¡La de ella...!

ELLA. ¿Está seguro? A ver si el mi Javier (*Y se sube el cuello de la gabardina.*)

ÉL. No, es de ella; y no es la primera vez ¡me abre la puerta y... «ja...», como entonces...

ELLA. ¡Ay!...

El. Asoma el esqueleto: «ja...», como entonces...

ELLA. ¡Ay!...

ÉL. Desliza así el sudario: «ja...», como entonces.

ELLA. ¡Ay!...

ÉL. ¡Me abraza así!..., (*Y la abraza.*) como entonces. «Ja».

ELLA. ¡Ay!...

ÉL. Y me lleva dentro, al horror, como entonces. «Ja».

ELLA. ¡Aaah!... ¡Suélteme!...

ÉL. Eso gritaba yo: ¡Suélteme!... (*Soltándola.*) Con la diferencia que ella a mí me soltaba, sí, pero dos o tres días después. Así mire cómo me dejó.

ELLA. Pues vaya con la Cleo. (*Y mira la lápida.*) Pero oiga, en esta lápida pone: Aquí yace (*Como leyendo la lápida.*) Evarista Sánchez Astudillo. *Extrañada.*) ¿No me ha dicho que se llamaba Cleo?

ELLA. ¡Ni eso! Pero ella en la intimidad me obligaba a llamarla así: «¡Cleooo!...»; «¡Mi Cleopatraaa!...». Por la de Egipto, aquella que decían que si era mona... Y, además, la verdad, yo cerraba los ojos, decía: «Cleooo...»; «¡Mi Cleopatraaa!...» y ¡hala! porque si además de velluda y gigantesca, la hablaba de lo suyo: «Evarista ¿qué tal el motocarro?», pues la verdad, hubiera sido como para quitarle las ganas de jugar al más esculpido; y servidor ni ganas,

ni esculpido.

ELLA. Pero aquí pone: (*Leyendo.*) «Evarista Sánchez Astudillo, nacida el 14 del 7 del 1809.

ÉL. Sí: era mucho mayor que yo. Encima.

ELLA. Pero es que, además, pone: subió al cielo...

ÉL. Pues van dados.

ELLA. El 14 del 8 de 1863.

ÉL. ¡Cómo pasa el tiempo!

ELLA. O sea, que lleva usted ciento diez años viudo.

ÉL. Y a mí que me parece que fue ayer; y es que no somos nada. Bueno, ella era, sí era. Todo. Yo..., poquita cosa: y me dejó: vamos que porque los lutos me asononan: pero me ve usted sin ellos, y usted no se enamora usted de mí; ¡qué va!

ELLA. Pero ¿cómo se lo ha arreglado para estarse ciento diez años sin su de qué?

ÉL. Mal, muy mal; que no me lo creía ¿sin mi que de qué?

ELLA. (*Llora.*) Y yo me quejaba de llevar quince días sin mi de qué. (*Ella mira mucho hacia afuera.*)

El. Las mujeres es distinto. (*Viéndola mirar.*) ¿Otra vez mirándome el ala sur? ¿ Otro cura con su carterita?

ELLA. Como cincuenta. (*Y está nerviosa.*) Se está llenando todo el cementerio de hombres en gabardina y sombrero.

ÉL. Ventrán a sus cosas.

ELLA. ¿Las... mías? ¡Ay, qué ilusión! (*Gestos hacia fuera.*) ¡Eh! ¡Pocholos! Sin duda son los C.S.A.F. que vienen a L.S.C.

ÉL. ¿Y quienes son los C.S.A.F.?

ELLA. «Los corazones solitarios, al fin», que vienen a ligar sin

compromiso. (*ÉL ríe.*) Oiga, no me habrá mentido. Ah, ya sé: (*ÉL ríe.*) usted (*Pero ella está muy nerviosa.*) no quiere que conozca a su competencia. Pues adiós.

ÉL. ¡Espere!... (*Y la aferra.*)

ELLA. (*Forcejea.*) ¡Suéltemeeee!... (*Y se suelta y avanza para salir.*)

ÉL. ¿Y si es una excursión de curas que han venido en un autocar a encerrarse? ¡Eh? Vale más escuchimizado pájaro, pero en mano, que cien leyendo su breviario, así que recogemos y de la Ferrari al chalet, y del chalet a su alcoba, y de su alcoba ver si me acuerdo. ¿Qué me dice?

ELLA. Que sí; que ya era hora que te decidieras, negro. Anda, aprisa, (*ÉL recoge las cosas.*) no me vayan a cerrar el portal: (*Súbitamente.*) ¡No!, eso, no. (*Le quita lo que tiene en la mano.*) Yo no soy como su mamá y su Cleo. Yo lo hago todo. El hombre (*Le sienta.*) a sentarse y a mirar. Desde su trono. Como debe ser. (*Y recoge todo.*)

ÉL. Oiga no es por nada, pero... (*Ella está metiendo todo el «camping» en el cochecito del niño.*) ... ¿de verdad, de verdad, va usted a meter en su cama a un hombre como yo, y no es por nada?

ELLA. Huy, servidora está ya hecha a todo.

ÉL. Pero es que yo ya le he dicho que yo así soy como dibujado a lapiz; pero a medida que me quito los lutos es como si me fueran borrando. Y segundo: que usted a mí no me conoce.

ELLA. ¿Es que ya no te gusto, tú? Aclárate ¡Eh?

ÉL. Enséñame un muslo, a ver si me acuerdo. (*Lo hace.*) Oh, era eso, ya voy cayendo. Y no me displace. Me anima. Pero usted sigue sin tener referencias mías.

ELLA. Ay, si los hombres para su eso tuvieran que llevar cartas de recomendación de la última casa donde sirvieron como las interinas, estábamos listas; además, yo a ti -perdón, a usted- le conozco

de sobra.

ÉL. ¡De sobra de dónde y cuándo?

ELLA. ¿No es usted el gran viudo de la pobre Cleo?

ÉL. Sí, aunque viceversa; pero eso no indica nada.

ELLA. Huy, pues eso es ya para servidora una referencia que ya quisiera servidora para cargar otras veces.

ÉL. Es que he podido mentirla.

ELLA. ¡Qué vas a mentir tú, cacho pan!

ÉL. No digo que no, pero también puedo ser, además, un pobre sin posibles para un mal alterne, sin un mísero descorche, y ¿qué va a hacer?, pues apañarse como pueda. Y así, pues a lo peor me dedico a ir de cementerio en cementerio a ver si veo una tía lutos delante de una tumba, eso sí, bien preparado, con mi camping, por si un apuro, y la mobilette fuera por si un si acaso llueve; y en fin: pongo cara de triste, me acerco, me ligo a la tía lutos y santas pascuas. (*Riéndose como una loca.*) Pues no veo la risa. Porque a lo peor, después de ligármela, me la desfleco.

ELLA. (*Ahogándose de risa.*) De eso sí que no me imaginaba que tuviera usted, ya ve usted.

ÉL. ¿De qué, turbia? Aclárate.

ELLA. De salero, dicharachero. ¡Ay, qué tío! ¡Ay, qué bueno!

ÉL. (*Cachazudo.*) ¿Y si es verdad?

ELLA. (*Enamorada.*) Pero, ¿por qué no le habré yo conocido antes? Esto es un chulo y no lo de otros.

ÉL. ¿Y si hago como que eso... y la robo y todo; y, encima, nada?

ELLA. Róbame tú, pocholón. Di que sí.

ÉL. Y si después voy y encima de nada, y de robarla, la mato, la descuartizo y la entierro.

ELLA. Así me gustan a mí: animadetes y cachondones. Ay, te hacías el alicaído...

ÉL. Deja de achuchar y mira: esto... es tu pescuezo. (*Y retuerce un trapo.*) ¡Grrr!..., ¡grrr!... ¿Qué? No me mires así, con esa cara de espanto, porque es verdad. Di algo.

ELLA. (*Profunda.*) Digo... que yo a ti te retiro; más: yo a ti te pongo un piso; más: yo a ti...; por de pronto, (*Le da unas llaves.*) las llaves de la Ferrari...

ÉL. Pero si aún no te he metido en cintura, nena; no te me precipites.

ELLA. (*Se abraza.*) Que me tienes loca, so chulo.

ÉL. Después cualquiera lo comprendería. Pero así; además, ¡lo tuyo es valor, te lo juro, nena!...

ELLA. ¿El de servidora? ¡Qué va! Lo que pasa es que servidora ha vivido lo suyo, hijín.

ÉL. ¿Crees que no voy en serio? Pues mira. (*Y le arranca una manga.*)

ELLA. Ay.

ÉL. Y el reloj de diamantes; ¡Zas! (*Y se lo arranca.*)

ELLA. Y el pescuezo. (*Y le ofrece.*)

ÉL. Me basta con esto.

ELLA. Es que los diamantes no son diamantes, ni el reloj, reloj: y encima es robado; el pescuezo.

ÉL. Pues me habían dicho que todos los millonarios erais un poco viciosos, pero nunca creí que tanto; y dicen: «ay, la pobre será millonaria, pero es cleptómana». En cambio, con nosotros, los pobres, no se tienen esos miramientos.

ELLA. (*Saliendo con el cochecito.*) Pues con nosotras, hijín: aprisa cachorro.

ÉL. Espera. Trae. (*Por el coche.*) Ve tu delante y me esperas en la

Ferrari que yo antes tengo que hacer un trabajito. (*Y coge la azada.*)

ELLA. No me tardes pichón. (*Y sale.*)

ÉL. En un vuelo. (*Y alza la azada.*)

ELLA. (*Entrando.*) Ay, oiga; ay; cójame del brazo, así.

ÉL. No me seas irreverente, nena.

ELLA. Agarra.

ÉL. Aquí no, luego.

ELLA. Si no es eso: es que ya sé que son los esos de las gabardinas y los sombreros. No son curas.

ÉL. Entonces ¿por qué me vienes tan asustada? No te harán nada. Ve delante.

ELLA. Juntos, o nada...

ÉL. Yo hago un algo aquí antes con esta azada y te sigo.

ELLA. Prefiero esperarte aquí.

ÉL. Es cosa de un momento. Y debo hacerlo solo. O te me asustas y te me escapas; así que a la Ferrari. (*Y la empuja.*)

ELLA. Es que si me pescan sola, me pueden dar un susto.

ÉL. A ti no te asusta más que el éste. Andando. (*Y la empuja.*)

ELLA. (*Abrazándole.*) ¿Es que no lo comprendes aún? Son policías: ¡es una redada!

ÉL. ¿De mariconas? (*Finge coger piedras del suelo.*) Pero qué desvergüenza; si nos invaden hasta los camposantos; ¿dónde vamos a ir nosotros, las pobres parejas compuestas por un señor y una señora, que venimos humildemente a nuestro ligue santificante y protervo de siempre? (*Ella le abraza, llorando.*) Nada de lagrimitas: no empecemos, que...

ELLA. Es que yo (*Llora.*) no soy lo que parezco.

ÉL. No me digas que eres un tío, nena: porque... las llaves: y te metes la Ferrari, el chalet tres plantas...

ELLA. ¡Ay! Vienen hacia aquí, ¡pronto! (*Y va sacando las cosas del cochecito del bebé.*)

ÉL. Pero oiga, que yo me entere...

ELLA. Por favor, míreles, sonríales. (*ELLA lo hace; luego le da la espalda; ÉL sonríe, etc...*) Si se le acercan y le enseñan la chapa y dicen: «¿La de la gabardina viene con usted?», dícales que sí, por favor; que soy su prima, o mejor, su mujer. Eso: somos un joven matrimonio con niño (*Y coge un envoltorio.*) que ha venido de visita a la pobre difunta abuelita y, de paso, pues aprovecha para que la criatura tome sus aires.

ÉL. Pero que yo me entere...

ELLA. ¡Cuidado! Se acercan. Yo hago como que le canto y doy el pecho a nuestro hijo. (*Y lo finge y canta: «Ooovaaa...»*)

ÉL. Pero ¿cómo les voy a decir que es usted mi mujer si me pescan llorando ante su tumba?

ELLA. Dícales entonces que ella es mi marido, pero, por favor, no me delate. (*Canta.*) «Bonito mío; mi Pituso». (*Le mira y mece.*) Come, come Pitusín; cómete tú a tu difunta mamita, ¡ay, sin morder, cabrón!

ÉL. (*Hacia el público.*) Buenas; pues sí, aquí de velatorio, (*Y llora.*) ya ve.

ELLA. (*Al envoltorio.*) Claro que luego nos daremos un paseíto, mi sultán; en cuanto tu papá le plante el geranio a mi marido, lobo.

ÉL. (*Al público.*) Mi señora esposa, sí; gracias; ¿Qué si es reciente? Como que aún no le he dado tierra por completo. (*Llora.*) ¡Y tan horrible!...

ELLA. (*Entre dientes.*) No le pegues la hebra... (*Saludando.*) Buenas, pues aquí dándole teta al vástago. Adiós.

ÉL. (*Hacia el público.*) ¿Que si hemos visto a un hombre sospechoso? ¿Sospechoso de qué? ¡Ay! pues no: por aquí, no ha cruzado ningún sospechoso de eso.

ELLA. Pues adiós.

ÉL. Bueno, sí, ahora que recuerdo; antes; uno todo en gris con su carterita y su todo; pero creíamos que era el capellán. Ay, descuide usted.

ELLA. Adiós. (*Al envoltorio.*) Dile tú también adiós a ese señor con tu manina, lucerete.

ÉL. (*Hacia el público.*) Que si le vemos le silbe con esto. (*Y hace con lo que le dan un silbato.*) Descuide, adiós. (*Crispado.*) Supongo que ahora me explicará, o llamo al chapas.

ELLA. Pero si es la cosa más sencilla, rápida y rentable del mundo: y nada nuevo; mi pobre mamá nos sacó adelante con esto a mí, a mis ocho hermanos y a nuestros respectivos papases con lo del esto.

ÉL. Pero... ¿de qué me está hablando?

ELLA. De que como yo soy la mayor, pues he heredado el truco. (*Sonríe, crispada.*) ¡Cuidado!

ÉL. ¿Qué truco?

ELLA. (*Sonriendo crispada.*) El del ligue con lutos.

ÉL. ¿Y el su Javier lo supo y tragaba?

ELLA. (*Tensa.*) Que nos está mirando.

ÉL. ¿Su Javier?

ELLA. ¡El chapas! ¡Allí! ¿Quién es Javier?

ÉL. (*Sombrerazo y sonrisas hacia el público.*) ¿Que quién es su Javier?

Ay, todas las mujeres son iguales; su difunto marido ¿No se llamaba Javier? A ver, haga memoria...

ELLA. (*Seca.*) Oiga, servidora lo seré todo, pero eso de viuda, nada; que conste. No empecemos.

ÉL. Entonces ¿quién es el éste de ahí? ¿Una madre superiora?

ELLA. Naturalmente. ¿No ha leído la lápida?

ÉL. ¿Que su Javier era una monja? (*Leyendo.*) Sor Rosario Bermejo, hija predilecta de...; pero entonces, (*Aúlla.*) ¿usted qué hace ahí dando el pecho a mi hijo?

ELLA. Lo de siempre: ganarme la vida. ¡Cuidado, el chapas! (*Y sonríe.*)

ÉL. (*Sombrerazo y sonrisa.*) ¿De ama de cría?

ELLA. Con lo que vaya cayendo.

ÉL. No será usted un rica desentierra-muertos.

ELLA. Al contrario: una pobre consuela-viudos.

ÉL. Acabáramos: usted se contrata para cuidarnos los niños mientras nosotros plantamos el geranio y nos reímos; y ¿cuánto paga?

ELLA. ¿Qué? ¡Servidora pagar encima y (*En pie.*) a mí nadie me toma el número cambiado!

ÉL. Cuidado, que nos está mirando el chapas. (*ELLA coge al niño.*) Pero vamos a ver, (*Ambos sonríen crispados hacia el público.*) que yo me entere...

ELLA. Pero si es elemental: servidora se gana el pan aquí, pero con orden y decentemente. Como otras van a la oficina a su máquina, pues servidora todas las mañanas coge la suya, toma su metro y luego su autobús y me vengo de cementerio en cementerio buscando pobres viudos.

ÉL. ¿Sólo pobres?

ELLA. Es que es mucho más rápido y seguro que las barras de las cafeterías; no tiene gastos. Aparte de que no sé otras, pero lo que es servidora no se va a casa nunca de vacío. Siempre, siempre cargo algún viudo en apuros. Y es que el truco es lerele, lerele, qué puñetas; y como encima servidora es una suertuda para todo, pues menudo momio.

ÉL. O sea, que yo me entere: usted venía...

ELLA. Como todos los días.

ÉL. A...

ELLA. A mi aquel...

ÉL. Y hoy su aquel soy yo.

ELLA. Si nos arreglamos.

ÉL. Total: que usted lo que quería con lo de «chulo»... «cachondo», era ver si me sacaba, a mí -¡a mí!- un duro por servicios prestados y...

ELLA. ¡Cuidado!

ÉL. ...y me viene en un Ferrari. ¡A mí!

ELLA. El chapas.

ÉL. A mí: que tengo sólo una pobre mobilette tan enferma que sólo me baja cuestras ella sola, pues los llanos los cruzamos del brace y los repechos me la tengo yo que subir en brazos.

ELLA. ¡Que viene!...

ÉL. Y viene por mi duro. (*Saca un duro.*) ¡El único que tengo! Pero ¡qué país éste!...

ELLA. (*Agónica.*) ¡El chapaas!...

ÉL. (*Aúlla.*) ¿Dónde?

ELLA. Que le pisa.

ÉL. (*Se vuelve.*) Ah, disculpe. (*Se quita el sombrero.*) ¿Fuego?
(*Nervioso.*) Ah, sí, ¡naturalmente!... (*Y se palpa los bolsillos.*)

ELLA. Cómeme tú, Pituso; cómeme horrores, a ver si así creces como este señor de la gabardina que le está pidiendo mimitos a papito.

ÉL. Pero, ¿dónde habré puesto yo las cerillas?

ELLA. En mi bolso cariño. (*ÉL busca.*) ¿Que cómo se llama (*Con miedo.*) servidora? Piluchina; ah, ¿el pocholete? De todo, el pobre.

El. (*Encendiendo la cerilla.*) Tenga: su fuego.

ELLA. Ay; es un meoncete; huy, y el padre más.

ÉL. De nada. Adiós. (*Y queda mirando, con la cerilla encendida.*)

ELLA. Dile tú también con la manita a ese señor policía. Cómeme y créceme horrible súbito. Y le pones un estanco a tu mamita y la retiras, corazón. ¡Qué buena falta le está ya haciendo!

ÉL. (*Sombrero en mano.*) A mandar. Y... ¿verdad?; sí, sí: no hay como el aire puro, (*Cada vez más fuerte y lejos.*) las flores, los árboles; sí, aunque sean cipreses; y tener una mujer, un hijo y un camping para ser feliz. (*Y llora de felicidad.*) Y pensar que, al fin, se han hecho realidad mis sueños; pero... ¿por qué correrán ahora de pronto todos hacia allí? Ni que estuvieran persiguiendo un asesino. Y ahora se paran. ¿Qué habrán encontrado al pie de aquel ciprés? (*Y avanza.*) Voy a ver. (*Y coge unos prismáticos y avanza entre el público como mirando a lo lejos.*)

ELLA. (*Aúlla.*) ¡Aaaah!...

ÉL. ¿Que te ha pinchado el niño, cariño?

ELLA. Pero ¿qué es esta humedad?

ÉL. (*Avanzando.*) ¿Y por qué me gritas? Se habrá hecho sus cosas, mujer.

ELLA. Pero es que está todo cada vez más rojizo ¡Ah! (*Y la alza; es una pierna de mujer con su ligüero negro, su media; todo muy sangrante, muy bufo.*)

ÉL. ¿Quién ha gritado?

ELLA. (*Alzándola, sin voz.*) ¡Una pierna!...

ÉL. (*Acercándose.*) Ah, creí que te había hecho algo a ti. Pero por si acaso, vámonos, nena.

ELLA. (*Mostrándola.*) Una pierna.

ÉL. ...que vale más prevenir que curar. (*Viéndola.*) Que me parece que esto se va a poner movido de un momento a otro. (*Se acerca.*) ¿Qué te dije? Porque es una pierna...

ELLA. De señora...

ÉL. ¿Tú crees? ¿Por dónde se lo sacas?

ELLA. Por el ligüero...

ÉL. ¿Y la otra pierna para completar?

ELLA. No hay más.

ÉL. Pues o era una coja o se ha quedado...

ELLA. Dime de quién es.

ÉL. ¿Yo? Ni idea; eso usted que se la ha encontrado.

ELLA. Pero, ¡si la traía usted envuelta en esos pingos!

ÉL. ¿Qué me dice? ¿Con el niño?

ELLA. Lo que oye: y en su cochecito; y envuelto en esa toalla.

ÉL. Pues la toalla es mía, seguro; pero la pierna no me parece; porque yo al salir de casa no creo que la llevara; o sí; ah, sí.

ELLA. ¿Qué?

ÉL. Ya caigo; por Dios, envuélvame la por favor, mientras miro si

hay más; no quiero sorpresas. (*Ríe.*) Pero, ¿qué espera?

ELLA. Es que, no es por nada, pero ¡está aún caliente!

ÉL. Las mías también. ¿Por qué?

ELLA. Ya, ya.

ÉL. Ya ¿qué?: menos retintín; (*Y la envuelve tranquilamente.*) Ay, estas mujeres: a todo tienen que buscarle un algo; espéreme en la Ferrari; ande, ¿ve?, ya está: envuelta. Y ahora la entierro y a la cama. Andando.

ELLA. (*Terrible.*) ¡Antes, dígame de quién es esa pierna!

ÉL. (*Con cansancio.*) ¡Ya está con los celos! ¡Otra que tal baila! Como la ésta. ¡Si es que son todas iguales! ¡Ven aquí!

ELLA. ¡Ay!...

ÉL. (*La aferra.*) Te lo dije antes, ¿no?

ELLA. ¿Qué?

ÉL. Que tenía que enterrar un algo de algo. Pues bien: ya sabes qué. Ya puedes quedarte. Estoy listo en un amén... y luego... (*Eufórico.*) a la ferrari, al chalet y a la cama: al a ver si me acuerdo.

ELLA. No antes de que me diga ¿qué hace ahí esa pierna y de quién es?

ÉL. (*Furioso.*) Oiga: ¿es suya?

ELLA. (*Sin voz.*) No creo.

ÉL. (*Dulce.*) Pues viva y deje vivir.

ELLA. (*Grita.*) Lucía, Enriqueta, Clara, Elenita...

ÉL. No me lllore.

ELLA. Pero... ¡es la primera vez que me ocurre!

ÉL. Porque es usted muy joven.

ELLA. (*Abrazándole.*) Dime que no es verdad, (*Está llorando.*) que no las matas callando.

ÉL. Que no: las dejo que griten un rato.

ELLA. ¿Y ella era mucha cosa tuya?

ÉL. En parte sí al principio, aunque a lo último, ¡qué decepción!

ELLA. (*Terrible.*) ¡Hablemos claro!

ÉL. Pues pronto empiezas a exigirme cuentas, hija.

ELLA. ¿Era... otra como yo?

ÉL. A ver si me arrepiento y te dejo plantada.

ELLA. ¿Era rubia? (*ÉL niega.*) ¿Morena? (*ÉL niega.*) ¿Tentempié? (*ÉL niega.*) ¿Con acento andaluz? (*ÉL niega.*) ¿Jibosilla? (*ÉL niega.*) ¿Traía un bolso verde a raya? (*ÉL niega.*) ¿Un caniche en el regazo?

ÉL. ¡No!...

ELLA. ¡Ay, qué alegría! ¡Ay, gracias!... ¡Ay!... entonces no es...

ÉL. ¡Me ahoga! ¿Qué le ha dado?

ELLA. Es que entonces no es ninguna de mis hermanitas. Sé que a mis espaldas trabajan también los cementerios; para sus golosinas, sus discos y sus novios. (*Se suena.*) En fin, qué peso me ha quitado de debajo. Pues, adiós.

ÉL. Espera un minuto y vamos juntos.

ELLA. No, hijo, no; ahí te quedas; yo, después de este aviso del cielo, me retiro. Tenga su gabardina y su todo. Nada. Yo cruz y raya.

ÉL. Pero, nena, no me empieces como la ésta. ¿Eh?

ELLA. A saber qué sopa sería.

ÉL. Oiga: no me ofenda a mi Cleo, ¿eh?, ya está; ya lo sabe.

ELLA. ¡Ah! (*Ofendida.*) Y ¿por qué la mató? ¿Eh?

ÉL. (*Rabioso.*) ¿Usted también? Jolín, la tía esta. La acabo de conocer y ya empieza como la otra. Pues más vale que no me caliente la cabeza, ¿eh?; porque estas cosas, como el comer y el arrancar, lo difícil es el primer paso. Luego, la mano va sola. Pero aparte, que hago el hoyo y nos vamos. (*Y finge cavar.*) Precisamente venía buscando un sitio mono y con tierra removida reciente; y me la vi a usted y me dije: «Qué gachi, mientras me hace de noche para enterrar a mi Cleo voy a ver si la ligo». Y ya está en el bote. ¿O no?

ELLA. Pero ¿por qué la mató a la pobre?

ÉL. ¡Huy, sería muy largo de contar. Luego, en la cama, con el cigarrillo de después del horror. Con todos los detalles. ¿Los ves, mamá? Pues tuya es la culpa.

ELLA. ¿De la madre de la pierna?

ÉL. De la mía: no hacía más que decirme: «Alvarito, que estoy pachuchina; Alvarito, que voy a morirme y quiero dejarte colocado. Y hay, Alvarito, hijo, una tal Cleo que te mira y todo»

ELLA. Y usted hincó el pico.

ÉL. Qué va: yo me defendí como gato panza arriba: «No, mamá, que yo las gordas no es que me den miedo, pero no les encuentro la gracia, y además...». Pero ella le dio la llave de nuestra buhardilla aquella fatídica noche de Fin de Año.

ELLA. ¿Permite? (*Y le coge los prismáticos y mira mientras...*)

ÉL. Y sí; mamá se salió con la suya: me colocó y se murió; pero... ¡la colocación seguía en pie!

ELLA. Ya sé: le buscan a usted; (*Mira hacia afuera con los prismáticos.*) seguramente se le ha caído algún trozo por el camino, y, por el hilo, pues vienen buscando la pierna. Disimúleme, que miran hacia nosotros.

ÉL. Pues, ¿qué habré perdido yo? Porque recuerdo que la cabeza la

puse en (*Busca en el cochecito; ella dice: «¡Aaah!...»*) la sombrerera. (*Saca la sombrerera.*) Aquí está (*ELLA dice: «Aaaah!»*) va usted a verla. (*E intenta abrir la sombrerera que está atada con unas cuerdas.*) Ay, qué nudos; ¿Dónde está el cuchillo? (*ELLA dice: «¡Aaaah!...» e intenta huir.*) ¡No! ¡Quédese aquí, o soy capaz de cualquier cosa. (*ELLA se inmoviliza.*) ¡No me deje solo!... (*Suplicante.*) y... no me tenga miedo; yo le juro que era o al menos empecé siendo un niño bueno; iba para normal; me gustaban mi caballo de cartón, (*Lo saca.*) mi oso de peluche, (*Lo saca.*) mi gramófono; (*Lo saca, pone un disco; se oirán canciones infantiles, mientras...*) y meterme el dedo en la nariz; soñaba con tener un perro, con viajes maravillosos; vamos, que era, como todos, casi feliz. Y lo hubiera sido del todo si no me hubiera tocado en desgracia una mamá tan mandona. Porque ella decía que todo lo hacía por mi bien, pero me tenía en un puño; no me dejaba reunirme con mis amiguitos para jugar, ni nada; yo aguantaba pensando para mí: «Ya pasarán los años; ya creceré; y entonces seré libre», pero, ¡ja!; cuando crecí... fue peor: No sólo me mandaba ya mamá, sino todo dios. (*Deja la sombrerera.*) Y cuando se obliga a un hombre a hacer lo que no quiere un año, y otro año, y otro, y otro más; (*Encontrando el cuchillo de pelar patatas y accionando con él.*) y a tragar lo que quieran los que mandan; (*ELLA dice: «¡Ay!»*) y: «¡No hagas esto!»; y «¡Haz lo otro!»; y: «¡Ven acá!»; y «¡Ahora te casas por haberle tocado a esa señora una teta!»; que eso es lo que hubo entre mi Cleo y yo. (*Acorralándola.*) ¿No me crees? ¡Ah! Eso, y nada más; lo juro; le toqué una teta; y, encima no me gustó; era todo...

ELLA. (*Intentando congraciarse.*) Peter Pan; ¡qué haríamos las pachuchinas sin él! (*Asustada.*) ¡Ay!

ÉL. Ojalá. No era Peter Pan. Era toda teta. Y por sólo eso pues... «¡Hala!, ¡a casarse!» (*ELLA ve el silbato.*) y a poderse; y a la oficina... (*ELLA intenta aprovechar cuando ÉL se vuelve de espaldas para usar el silbato.*) a poderse tocan también; y luego de

regreso a casa, a poderse más todavía viendo a la Cleo más que gorda, flotante; con sus bigudíes; en chancletas; y apestando a fogón y a ajos; y, en cambio, las presentadoras de la tele tan buenotas, pues para otros, como todo. (*Y la mira fijamente.*)

ELLA. Pero ¡eso no es motivo para matar a nadie!, digo que hizo usted lo correcto.

EL: Menos; porque es que, encima, la tía nunca quería; la tía siempre con su dolor de cabeza. Y esta mañana me escupe el jefe de la oficina; le digo, como siempre, que «perdone», y me echa. Y yo... ¿cómo se lo digo a la Cleo, cómo le digo a la fiera que me han puesto en la calle? Hasta que, al fin, (*Respira hondo.*) me puse de macho, y me dije: «Si me pega, que me pegue; yo con no llorar...» Y así, subí hasta nuestra buhardilla, (*Se infla horrores.*) abrí, entré...

ELLA. Y ella... le pegó; y, entonces, usted (*Respira hondo.*) ¡zas!...

ÉL. No. (*Se infla.*) Entré en la alcoba (*Se desinfla.*) y ¡zaaas!... sin darle tiempo ni de saltar de la cama. El tío se me escapó con el calzón el cuello.

ELLA. ¿El tío de la Cleo?

ÉL. Si no era nada, siquiera; un gafitas, todo en gris, de esos que van vendiendo diccionarios de puerta en cama. A ella... después de zas, zas, zas, pues la metí, con todas mis pertenencias, en el coche del bebé que mamá guardaba desde que yo era niño y al hombro con todo. Dije a la portera: «Adiós, doña Loreto; tenga la llave por si una fuga, o un algo; que la Cleo y yo nos volvemos al pueblo para largo...; ella ya va delante.» Y no mentía, estaba ahí, delante, en el cochecito. Le puse sobre el sidecar y me dije: «Primero voy al cementerio, la entierro los cachitos y luego... el mundo es camino.» (*Abre la sombrerera.*)

ELLA. ¡Aaaah!...

ÉL. ¿Lo ve? (*Y saca una peluca puesta en su molde de mimbre.*) Pero

si es sólo su peluca. ¡Ay!, me he dejado la cabeza en casa; y como le di la llave a la portera que es una fisgona, pues, me han fregado; yo creí que sólo me faltaba ya por colocar la pierna y la cabeza, y cuando al parecer la vi a usted, me dije: «¡Qué bien llora esa pobre viuda! Esos sí que se querían, que es lo normal; no como lo mío... con la Cleo».

ELLA. (*Acariciándole.*) Calle o me a hacer usted llorar.

ÉL. ¿Ya no le doy miedo? ¿De veras?

ELLA. No, me da pena.

ÉL. Como a mi pobre Cleo; también a ella le daba pena. Y ella a mí; porque... ¿sabe? le... le he mentido a usted?

ELLA. Todos mentimos: eso es vivir: mentimos, soñamos otras vidas, porque las que tenemos no nos gustan: sólo que algunos dicen, de pronto, un día... «¡Basta!...»; y, entonces, la comedia bufa, puede desembocar en tragedia. (*Cesan las canciones infantiles: el disco se ha acabado.*)

ÉL. Pero... ¡si nosotros -Cleo y yo- nos queríamos! No era como se la he descrito antes, no; era así como, con el tiempo, me iba pareciendo. Ella era monilla, sufrida, poca cosa, un poco tonta y torpe, trabajadora: vamos, como yo; dos años menos. Y cuando nos conocimos, hace años, le juro a usted que... Dios no creó el amor: el amor lo creamos ella y yo; (*Al vacío*) ¿Verdad, Cleo? Pero la vida empezó a acogotarnos...

ELLA. (*Como a un niño.*) A brotaros un cansancio, primero...

ÉL. Sí.

ELLA. ...Luego una tensión, una crispación, un odio.

ÉL. Sí; y como no teníamos contra quién lanzarlo, pues empezamos con que: «¡Si tú tienes la culpa de todo, so cerda, so culibaja!»

ELLA. (*Siguiéndole el juego con enorme ternura.*) «¿Yo... calzonazos?; eso tú, cabronazo de mierda; el culibajo, tú».

ÉL. Sí, pero, ¿cómo sabe usted nuestras intimidades? No será usted como ella.

ELLA. No, pero habría podido llegar a serlo. (*Ya vestida con sus lutos, le abraza.*) Adiós; jamás nos volveremos a ver; qué pena no habernos encontrado hace unos años. Antes de conocer a aquel Javier; uno de tantos, pero al que amé; y que me dejó por otra. Precisamente lo recuerdo como si fuera ahora, una noche de Fin de Año; habíamos quedado para ir juntos a la fiesta de Fin de Año; pero cogí un catarro; ya ve qué cosa más tonta; y no pude ir; y nunca más volví a verle. Quizá durante aquella fiesta conoció a otra. Mi vida hubiera podido ser distinta con él.

ÉL. Y lo mío sin Cleo; y si intentáramos volverlo todo.

ELLA. Eso es imposible. Debes entregarte, Álvaro.

ÉL. Sí, claro. (*ELLA se pone el silbato en los labios.*) ¡Espera!... quiero despedirme de ella.

Música Chotis

ÉL. (*Cantando y bailando.*)

Perdóname
perdóname
perdóname,
mi amor.

ELLA. (*El silbato entre los labios.*) ¡No puedo! ¡No quiero! Si lo hago, a mí por lo mío, me meterán un tiempo, quizá, en la cárcel; pero a ti... será... el manicomio de por vida. (*El está ya cantando y bailando -con la sombrerera- el tango cuya letra se pone a continuación, pero que es simultáneo al parlamento de ELLA que sigue.*) Ven, ¡huyamos juntos!, pero... ¿adónde?

Tango

ÉL. (*Cantando y bailando.*)

Yo fui, tú lo supiste bien,
-Cleo, mi amor-
un hombre normal
como todos los demás:
Fui a los maristas;
hice mi primera comunión;
tuve mis sueños
de amor.
Pero crecí, crecí
y todo empezó
a ir
de mal en peor.

ELLA. ... ¿Adónde? ¡Aprisa, salvémonos juntos! Pero... ¿de quién?
Nadie puede huir de sí mismo: es la última, la más profunda de las
cárceles. Perdóname, pero yo voy a intentarlo: ¡quiero vivir!...,
¡vivir!, ¡viviiiir!... (*Y va a salir huyendo en el mismo momento en
que empieza a oírse golpes de silbato por todas partes, cada vez más
cerca, como cercándoles.*)

ELLA. (*Hacia el fondo y luego hacia el público, patética.*) No, por
favor, ¡parensen! No corran así, o él va a asustarse. No le hagan
daño. Guarden las armas. Es ya sólo como un niño. ¿Que tienen
que llevarsele? Entonces déjenme que yo le acompañe. Sí, traiga,
yo le pondré (*Coge de manos de alguien el frac blanco.*) la camisa
de fuerza. Pero no digan ni hagan nada. Yo se lo llevaré hasta los
coches. O mejor, llamen una ambulancia, se lo ruego. Gracias. (*A
ÉL.*) Alvarito...

(*ÉL, que acaba el tango en este momento, la mira.*)

ÉL. (*Hacia el público.*) ¿Qué hace aquí esta gente? ¿A qué han venido?

ELLA. Son... los C.S.; como nosotros, los corazones solitarios. ¿No
recuerdas? Han venido aquí si pueden a L.S.C., ligar sin compro-
miso; intentémoslo nosotros también durante la fiesta de disfraces
de Fin de Año que va a dar comienzo; quítate eso y ponte este

disfraz de ángel, con (*Por las solapas.*), ¿ves?, sus alitas y sus todo. Vamos, ¿qué esperas? Así. Mira. (*Música de strip-tease: ELLA se quita la gabardina; ÉL la imita quitándose la taleguilla torera.*)

(*Sobre música de strip-tease.*)

ÉL. (*Cantando y bailando.*)

Ay, sí, toma; qué alegría
 sí, al mismo tiempo, yo podría
 así arrancarme, tira a tira
 todo lo que ha sido de mi vida:
 un año y otro; un día
 y otro; siempre la misma
 espantosa pesadilla.
 De casa a la oficina,
 en metro de sardina;
 el jefe que apoquina,
 la mujer que se infla e infla
 y los hijos -ay- que chillan.
 ¡Aquello no era vidaaaa!...

(*ELLA -que al quitarse la gabardina ha aparecido con el deslumbrante traje blanco charleston del arranque, o se lo pone- le ayuda a ponerse el frac.*)

ELLA. (*Mientras continúa cantando y bailando.*) ¡A ver! ¡Déjame que te ayude a ponerte eso! Ay, no te muevas tanto, niño tonto...

Ojalá naciera tonto,
 no temiera tanto al coco,
 no me hubiera vuelto loco
 de no poder gritar al lobo:
 ¿por qué siempre son de otros
 los sueldazos y los mocos?

(*Nota importantísima: tanto ÉL ahora, como ELLA al principio, deben*

fingir que hacen un strip-tease, de un modo cómico, burlesco hasta quedarse ELLA en combinación y ÉL en largos, ridículos y patéticos pantalones interiores de felpa. La situación es trágica: así que debe rechazarse de un modo absoluto cualquier asomo de sensualidad, aunque sea mínimo -en este o en cualquier pasaje de la obra- y no por un problema de autocensura, sino porque, aunque el público sólo se da cuenta ahora, hemos estado representando una tragedia: tragedia bufa, pero tragedia: ni más ni menos.)

Para mí; ¿por qué, si hay coches lujosos
y anuncios luminosos
y bellas mujeres, es todo
solo

ELLA. ¡Basta! ¡Canta y baila conmigo!

(ÉL ya tiene puesto el deslumbrante frac blanco, la música cambia a:)

Samba

el corazón
el corazón
para los peces gordos?
¿por qué, si una estrella o todo
el firmamento estalla en oro,
pago yo los platos rotos?
¿por qué?

ELLA. ¡Calla! ¿Quién te ha dicho todas esas tonterías? Vamos.
(Música de samba.) ¡Canta! ¡Baila! ¡Y olvidaaa!... *(La música cambia a:)*

Charleston

ELLA. *(Cantando y bailando muy lento.)*

el corazóon...
el corazóon...

el corazóoon...

ÉL. (*Cantando, pero muy lento y suave, casi sin voz.*)

el corazóoon...

el cooraaazóoon...

ELLA. (*Más fuerte.*) ¡del musica-hall!...

ÉL. (*Más suave.*) ¡del music-hall!...

ELLA. (*Grita.*) ¡Más fuerte! ¡Con alegría! ¡A gritos!

(*Y canta a gritos, aunque está llorando.*)

no cesará

jamás

de latir

(*Cambia el ritmo y la coreografía: es ahora pero con la misma melodía base, un bugi-bugi.*)

Bugi-bugi

Pues vivir

sólo es

levantar el telón

y empezar

a soñar

a reír

a cantar

a bailar

a morir.

(*El ritmo debe ser alucinado, las sonrisas amplias y luminosas como de alegría orgiástica. Súbitamente cesa la música.*)

ELLA. Pero ¿dónde estoy?

ÉL. Aquí, conmigo. En la fiesta de Fin de Año. Te he visto. Me has gustado. Te he sacado a bailar.

ELLA. Tengo que irme. He quedado con otro. O por mejor decir, he quedado de acuerdo con su madre para subir a la casa mientras ella asiste a la misa del gallo.

ÉL. No. Ahora que te he conocido, no lo permitiré. Jamás ocurriría ese encuentro. Te necesito. Te quiero.

ELLA. Amor mío, aún no me has dicho cómo te llamas.

ÉL. Javier, ¿y tú amor mío?

ELLA. Cleo. (*Grita feliz.*) ¡Hop!... (*Y alza el brazo y queda inmóvil.*)

ÉL. (*Feliz.*) ¡Hop!... (*Mismo juego.*)

LOS DOS. (*A coro*) ¡Hop!... (*Oscuro.*)

(*FIN DE LA OBRA.*)